

Francisco de Quevedo

# Cuento de cuentos.

Juan Alonso Laureles

## Venganza de la Lengua Española contra el autor del *Cuento de cuentos*.

Textos preparados por  
Enrique Suárez Figaredo

# ADVERTENCIA

**P**ARA preparar los textos que siguen hemos tenido a la vista las págs 506-514 del Tomo I de las *Obras de don Francisco de Quevedo* (Amberes 1699, ejemplar de la Bbtca. F. de Loazes, Orihuela), y para la *Venganza*, el librito de 8 folios impreso en Barcelona en 1629 (Bbtca. de Catalunya, ref. top.: 5569-bis). El uso de mayúsculas y cursivas son las de los originales; hemos actualizado la grafía hasta cierto punto (mantenemos *accento*, *lición*, *escusa*...). En media docena de pasajes la puntuación conducía a confusión, y la hemos alterado; en otros tantos hemos suplido signos de interrogación y admiración que resultaban imprescindibles. Las erratas claras las hemos resuelto sin dejar rastro de ellas; las menos claras las indicamos entre corchetes.

Parte del interés de la *Venganza* radica en que algún comentarista ha propuesto, muy convencido, que su autor es aquel 'Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas' que publicó en 1614 el *Quijote* apócrifo, adelantándose a la Segunda parte cervantina (1615). Es cierto que en ella (y también con cierta sorna de sus defectos físicos) se reprende a un autor consolidado y se deja en buen lugar a Lope de Vega; es cierto que 'Laureles' dice ser aragonés (como Cervantes en algún momento pensó de 'Avellaneda'), pero ¿qué de su léxico y tics?

En fin, como quiera que no es fácil encontrar este *Cuento de cuentos* y su *Venganza*, valía la pena invertir cierto tiempo en reproducirlos y ofrecerlos a los lectores curiosos y aficionados a obtener sus propias conclusiones.

Barcelona, octubre 2004

# CUENTO DE CUENTOS,

DONDE SE LEEN JUNTAS LAS  
vulgaridades rústicas, que aún duran en nuestra  
habla, barridas de la conversación.

*A Don Alonso Messía de Leyva.*

**L**A habla que llamamos Castellana, y Romance, tiene por Dueños todas las Naciones, los Árabes, los Hebreos, los Griegos. Los Romanos naturalizaron con la vitoria tántas voces en nuestro Idioma, que la sucede lo que a la capa del pobre, que son tántos los remiendos, que su principio se equivoca con ellos.

En el origen della han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentierran los huesos a las voces; cosa más entretenida, que demostrada; y dicen, que averiguan lo que inventan.

También se ha hecho tesoro de la lengua Española, donde el papel es más que la razón; obra grande, y de erudición desaliñada.

Ninguno ha escrito Gramática, y hablamos la costumbre, no la verdad, con solecismos, el alma decimos: y supuesto que el alma bueno, no se puede decir; el que es artículo masculino, ha de ser la, y pronunciar la alma.

No quiero nada, peca en lo de las dos negaciones, y debe decirse: Quiero nada.

Bien considerable es el entremetimiento desta palabra, mente, que se anda enfadando las cláusulas, y paseándose por las voces, eternamente, ricamente, gloriosamente, altamente, santamente, y esta porfía sin fin. ¿Hay necesidad tan repetida de todos igualmente, Cosa, que algún Letor se me quiera excusar de no haberla dicho? Malhablado llaman al que habla mal, habiéndole de llamar, mal hablador.

Mire lo que le digo, decimos todos, por óigame; pues no se parecen los ojos, y las orejas. Aqueste, por este; agora, por ahora: son infinitas las voces, que pudiendo escoger, usamos lo peor. ¿Hay cosa como veer a un graduado, con más barbas, que textos, decir enfurecido: Voto a Dios, que se lo dije de pe a pa? ¿Qué es pe a pa, Licenciado? Y para emendarlo, dice, que se está erre a erre todo el día. ¿Qué será, no dar a uno una sed de agua, que tan frecuente se oye en las quejas de los amigos, y de los criados? Y hacer bailar el agua delante, ¿es a propósito?

Encarece uno su verdad, y dice: Yo le dije dos por tres. Y decir dos por tres; ¿quién negará, que no es decir una cosa por otra? Había de decir: Yo le dije dos por dos.

¡Pues uno, que encareciendo su diligencia, dice, que vino en un santiamén!, deben de tener los santiamentes gran paso. ¿Y los que para encarecer su prudencia, dicen, que lo escogieron a mozo de candil? ¡Miren qué juicio tendrá un mozo de candil, para escoger!

Un enojado, que dice a otro, que le trae sobre el ojo, es, con perdón, llamarle nalgas. Que para decir que le atiende, lo propio era traer los ojos sobre él. Y el blasón tan presumido de tener sangre en el ojo, más denota almorranas, que honra. Y pierdo doblado, si lo juzgan los pujos; hablen cartas, y callen barbas, sin haber quien haya oído decir a las barbas, esta boca es mía, aun cuando las caldean, y las rapan; ¡qué de hombres se hacen mojigatos, y nadie sabe qué son estos gatos moji!

Verse, y desearse, no pasó de Narciso. Poner pies en pared, no sirve de nada, y yo lo he probado, viéndome en trabajos, ¡como oía decir: no hay sino poner pies en pared!, y sólo sirve de trepar, o dar de cogote. Andar la barba sobre el hombro, quien lo tuviere por buen consejo, lo pruebe, y andará hecho corderito de Agnus Dei. Diome un remoquete, es dádiva de catarro.

Llevar la sogá arrastrando, dicen que es la mayor desdicha. Yo he llevado arrastrando sogas, y hallo que es peor que la sogá, lleve arrastrando al hombre. Para decir, que uno es muy malo, dicen, que ni teme, ni debe, ¿puede ser mayor necesidad? ¿Pues sólo es bueno el que ni teme, ni debe? Habían de decir: que ni teme, ni paga. Y esto pregúntenselo a los mercaderes, y a todos los que

fían. No me lo harán creer cuantos aran, y cavan. ¡Considere vuesa merced, qué Letrados, o Teólogos, buscó, sino Gañanes! ¿Vuesa merced ha visto algún bazo cagado? Que yo no sé por dónde entran a proveerse en un bazo. ¿Hay cosa tan mortal como zas? Más han muerto de zas, que de otra enfermedad. No se cuenta pendencia, que no digan: y llega, y zas, pistas, y cayó luego.

No es el mundo tan grande como tris. Todo está en un tris. Y no hay dos trises. Estaban en un tris. Estuvo toda la Ciudad en un tris. Todo el Reino estuvo en un tris. ¿Y espantaranse de que la Fénix sea una, siendo el tris uno siempre?

¿Y aquellos majaderos músicos, que se van cantando las tres ánades madre, que no cantarán las dos, si los queman, ni la cuarta?

Considere vuesa merced el buen talle destas voces, que se nos hacen reacias en la lengua, y no las podemos escupir: Zurriburri, a cada triquete, traque barraque, zis, zas, zipizape, a barrisco, irse a chitos, chichota, con sus once de oveja, trochimoche, y cochite hervite.

Es decir, que no tienen desvergüenza para deslizarse en una historia, y entremeterse en un Sermón; y están ya tan halladas, que pocas plumas las desdeñan.

Y para veer a cuál mendiguez está reducida la lengua Española: considere vuesa merced que si Dios, por su infinita misericordia no nos hubiera dado estas dos voces; ahora bien, nadie se pudiera ir, ni se despediera de una conversación. Todos dicen: Ahora bien, ya es hora. Ahora bien, ya es

tarde. Ahora bien, ya vuestras mercedes querrán cenar. Y hay hombre, que por no acordarse dellas, se detiene, hasta que enfada, y mata; y en topando con su ahora bien, se va.

Yo, por no andar rascando mi lenguaje todo el día, he querido espulgarle de una vez en esta jornada, donde yo sólo no tengo que hacer. Y en este cuento he sacado a la vergüenza todo el asco de nuestra conversación; que si no tuviere donaire, ni mereciere alabanza no carece de estimación el trabajo, en recoger tan estraños desatinos. Ahora va este papel haciendo lugar a obra más de veras, en que trataré (ni sé si tan docto como desvergonzado) que ni sabemos deletrear nuestra cartilla, ni razonar con la pluma. En tanto vuestra merced, que hace buena acogida a mis borriones, se divierta, y tenga larga vida, con buena salud. Monzón 17 de Marzo de 1626.

Don Francisco de Quevedo Villegas.

## C U E N T O D E C U E N T O S .

**E**LLO se ha de contar, y si se ha de contar, no hay sino ¡sus!, manos a la obra. Digo pues, que en Sigüenza había un hombre muy cabal, y machucho, que diz que se decía Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una mujer, y esta mujer era mujer de punto, y más grave que otro tanto: LLámese como se llamare. Tenían dos hijos, que como digo, eran pintiparados; y no le quitaban pizca al padre. El uno dellos era la piel del diablo; el otro, un chisgarabís, y cada día andaban al morro, por quítame allá esas pajas. El menor era vivo, como una cendra, y amigo de hacer tracamundanas, y baladrón. El padre lo sentía a par de muerte, mas él, ni por ésas, ni por esotras. El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaban el bofe por una mozuela, como un pino de oro, delicada, ve me no me tengas alharaquienta. Era viuda, y su marido, como digo de mi cuento, murió; y diz que se tuvo barruntos, que ella le había dado con la del Martes. Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablos. El padre, que era marrajo, lloraba hilo a hilo, y iba, y venía en éstas, y estotras.

Y un día, entre otros, que le dio lugar la murria, la dijo su parecer de pe a pa; y seco, y sin llover, mandola que se metiese en un Convento. Al proviso ella se cerró de campiña; y así se estuvieron erre a erre muchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo; que por tantos, y cuantos, que había de hacer, y acontecer;

[a] ver, veamos si han de ser tijeretas; y en justos y en verenjustos, dio con ella en una recolección. Era la Pupilera mujer de chapa, y no amiga de carambolas, y el Licenciado persona de tomo, y lomo. La moza que vio esto, viene, y toma, y ¿qué hace?; y sin más, ni más, como quien no quiere la cosa; escribe a su galán, que ya andaba con mosca, diciéndole, que todo era agua de cerrajas, y que ella había puesto pies en pared; y que quisiese, que no quisiese, se iría con él al cabo del mundo cantando las tres ánades madre, que atase él bien su dedo y se riese de toda la zalagarda, y traque barraque. Y sí Señor.

Pues el diablo del mozuelo, que estaba más enamorado, que otro tanto, y estaban sobre las afufas; como se vio Señor del argamandijo, no hacía más de a trochimoche escribirla billetes, y más billetes, y ella leer, que leerás, a tontas, y a locas. Pues como digo, yendo días, y viniendo días, la Pupilera, que tenía pulgas, soltó la tarabilla, y la dijo rasamente, que ella era mujer de sangre en el ojo, y que con ella no había cháncharras máncharras, que anduviese con pie de plomo, y la barba sobre el hombro, porque de manos a boca haría un hecho que fuese sonado. La mozuela, que era sacudida, casi, casi estuvo para envedijarse con ella, y levantar una cantera de todos los diablos. Ella se revolvió en decirla, que para qué eran tantos arremuecos, y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa, que ya estoy el agua hasta aquí. Hacía grandes extremos, diciendo, que bien entendía la

zangamanga. La Pupilera lo quiso meter a barato, negando a pie juntillas cuanto ella había dicho. El otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe, y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó a darlas ripio a la mano a sabiendas.

La Pupilera se hacía carne llorando, de veer el murmullo, y la tabaola, que habían metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó a traer la mano sobre el cerro. Y en éstas, y estotras cata qué hace el diablo; hételo el padre, sin más, ni más, atolondrándose todos, y en volandas, llegaron a las inmediatas. Dijéronse los nombres de las fiestas, si ha de salir, no ha de salir. Yo saldré, dijo la viuda, zurriando como un rayo; mas para ésta. Aquí fue ello, que como la mala Moza, no las tenía todas consigo, empezó a tartaleaar, y diz que dijo: ¿Qué ha de haber? Miren quién se mete en docena: Yo la aseguro, que ha caído la viudica en el mes del Obispo. Tanto monta, dijo la mozuela; y replicó la Pupilera, no sino el alba. El hermanillo, viendo que andaban al morro, votó a tal, y a cual, que todo lo había de llevar a barrisco. ¿Qué es a barrisco, en mis barbas? dijo el padre: y casi llegó a punto crudo el Licenciado, cuando andaba el zipizape. Metiolos en paz, mas a cada triquete andaban a mía sobre tuya. Y viendo el pelotero, llevósela el padre a su casa, porque no se metiese en dibujos. Y en llegando tris tras a la puerta, el viejo tenía barruntos de que un hermano de la mozuela, que no la quitaba pinta, y tenía muy malas mañas, enguizgaba el negocio, no quiso

abrir. Esto fue el diablo, que empezó a decir (y ahora es, y no acaba) que no había de dejar roso, ni velloso, ni piante, ni mamante, y que los había de traer al retortero a todos, y salga si es hombre. El pobre Padre no hacía sino chitón, como entendía el busilis. La hija, que olió el poste, y hendía un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo, que el padre la menearía el zarzo; qué hace, sino vase a chitos. El picarón, por no hacer una borrumbada, dijo: ¡Arda Bayona!, y esos turrnazos no con michis, y acogiose calla callando. Iba la niña saltando bardales, sin decir oxe ni moxte, en busca del bribón, corriendo a puto el postre, con la lengua de un palmo.

Desto los vecinos tomaban el Cielo con las manos, y se desgañifaban, y andaban unos en pos de otros zahiriéndose. No nos hable con consonantes, dijo uno, que al cabo al cabo, ha de venir a la melena.

Decía ella, no dijera más Pateta; yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de Morenos, y no quiera cuentos con Serranos. Y de una hasta ciento, que se descalzaban de risa de veer al viejo hecho de hieles; y a ella, que se iba a cencerros tapados, con un zurriburri refunfuñando.

El Licenciado, que pensó que ya mordía en un confite, y que eran uña, y carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre sí: Yo la haré a la tal por cual, que muerda en el ajo. El padre que le vio venir a lo de mi suegro, y le traía entre dientes, empieza a dar voces y alaridos, y alza Dios tu ira; y

a diestro, y a siniestro le puso del lodo, asiéndosele de los andularios, que no podían desengarrarle, según tenía la hinch con él.

El Licenciado daba los [¿unos?] gritos, que los ponía en el Cielo, mas no se dormía en las pajas. Allí fue ella, que el compañero, viendo, que andaban a pescuezo, le dio un pan como unas nueces, sin irle, ni venirle. A la tabaola se entró un vecino con sus once de oveja, muy sobresaltado, y de hoz, y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir, mas el bribón puso haldas en cinta. Dijo el pobrete: yo soy hombre de pro, y conmigo no hay levas. Yo pajas, dijo el bribón, y asentole un tanto. El pobre no chistó, ni mistió, y volviose dado a perros, y jurando, que le había de dar su recado; y sobre esto hubo la mayor turbamulta del mundo.

Mas viendo la mozuela, que el bribón la daba en el chiste, estuvose acurrucada, por escusar dimes, y diretes.

El picarón andaba listo, como una jugadera, de ceca en meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho, como en largo, que le podían hender con una uña.

Esto ha de dar un crujido, dijo el hermanillo, que estaba de manga. El padre pensaba, que tenía el oro, y el moro, y estábase en sus trece, diciendo, que si le hacían, habían de ir rocín, y manzanas, con todos los diablos, y echó de la oseta.

La viuda, y el que nos vendió el galgo, digo, el bienhadado del novio, se dieron sendos remoquetes, acerca del casamiento, que se estaba

en jerga.

Era el bellaco socarrón, y malhablado, y dijo, que no le cagasen el bazo, que no era barro casarse, y que él no se había de casar a medio mogate; no más de llegar; y zascandil, a osadas, que lo entiendo todo.

Saltó el Licenciado, y díjole, ¡gentil chirrichote!, danle una moza como mil relumbres, hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, hecha de cera, que le viene de molde, ¿y hácese de pencas? ¿Para qué es tanto lilao? Sino a ojos cegarritas, dejése de recancanillas, y cátese, pues le viene muy ancho.

Atolondrado el novio, así como oyó decir, que le vendría muy ancho, dijo: Tras que me venga muy ancho ando yo, dejénme, que lo meteré todo a la venta de la zarza, y volveremos las nueces al cántaro.

Púsose el bribón más colorado que unas brasas, y dijo: Que llevado por bien, harían dél cera, y pábilo, y que le diría todo lo que deseaba saber, sin faltar chichota.

El bergantón le dijo dos por tres, que mentía; y si no lo ha vuesa merced por enojo, se tornaron a envedijar, y andaban al pelo.

El Licenciado, que vio la barahúnda, echolo a doce: El hermanillo cascó la molleta al cuñado. Todos andaban hechos una pella, y al estricote.

Pues ve aquí vuesa merced, que si no es por la viuda, el Licenciado paga el pato, con todo su apatusco. Él echaba de vicio, y ella le cantaba la sorna, diciendo: Que más quería andarse a la flor

del berro, y qué me sé yo.

En esto estaban, a toca, no toca, cuando a la zacapela, que traía la gente bahúna, vino un Alguacil en un santiamén, y un Escribano en volandas, raspahilando, y dijeron: Que de atrás los traían sobre ojo, y que no dejarían de embocar la moza en la cárcel, por todos los haberes del mundo, que bastaba la mueca.

El Licenciado replicó, que no se había de hacer todo cochite hervite. Mirabale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo. No estoy de gorja, dijo el padre, ni me mamo el dedo.

Empezó el maridillo a echar verbos; ¿Alguacil en mi casa? Y en esto iba, y venía. Yo traigo un mandamiento tan gordo, que no vengo a humo de pajas, dijo el Escribano.

¿Mandamiento? dijo el Licenciado. No me lo harán en creyentes cuantos aran, y cavan; y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el Alguacil: Yo no doy mi brazo a torcer. Replicó el hijo: Ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña; y esta casa no es comoquiera, y míreme a la cara. ¿Qué quería? ¿Llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta, que no somos todos unos, y me mataré con mi padre en dos paletas, y me haré añicos.

¡Arda Bayona!, dijo el Alguacil, que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio. El Escribano estaba de mampuesto, diciendo: Que no le untasen el casco, que les pegaría a mantiniente con la de rengo.

El hermano se fue rabo entre piernas; el maridillo echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al Alguacil muy sobre peine, y le aconsejó, que no se anduviese regodeando; y que se acordase de la de marras, y que era todo fruslera, y que no había de tener más así, que asado, que toda era gente honrada, escogida a mozo de candil, y personas de chapa. El Alguacil gritaba, como un descosido, viendo que la mozuela le había dado entre ceja, y ceja con la de marras; y tomó la hincha con ella. El Escribano decía, que no se la había de cubrir pelo. La madre, y el padre, que se estaban a más, y mejor, dijeron: Esto va de rota, no hay sino hacer de las tripas corazón, y ojo al badil girando, no me hagan, que echaré por esos trigos; y a toda ley, ave de tuyo.

¿No ha de medirse esto? dijo el Licenciado, viendo la escarapela. Empezaron todos a encogerse de hombros, y a decir, que se cruzía cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba el run run y el qué diran: Y que si no se estorbaba, en la fuerza que el Alguacil llevase una tunda de coces.

Él no dijo, esta boca es mía, y tieso, que tieso. Ahí me las den todas, decía el bribón que en manos está él pandero, etc. No lo dijo a sordos, que se quemó de oírlo el Escribano, y le dijo: Para mí no son menester tantas arengas, que sé dónde me aprieta el zapato. Y lo que apuntó la Señora, lo tengo al cabo del trenzado; pero las razoncitas yo las guardaré, como oro en paño. Alegrose la pajarilla al Alguacil, y dijo: Yo los meteré en

pretina, o podré poco. Yo les haré, dijo el Escribano, que me baile en el agua delante, y los dejaré en el pelo de la camisa, que no ha de ser todo cháncharras máncarras, y basta la trisca. Oyó el padre lo que trataba, y dijo: Oxte puto, mas a mí no se me da un ardite, que ni temo, ni debo, y al cabo habrá dello con dello.

¿No daremos un corte en esto? (Dijo el Licenciado) cuando a sabiendas, el mozuelo, muy remilgado, y cariacontecido, dijo: Que estaba entre dos aguas, y dos dedos de irse por ese mundo adelante, en justos, y en creyentes, que estaba cansado de traer los atabales a cuestras. ¿Quién fuiste tú, que tal dijiste? No es creíble la cólera del padre, pues llegándose a él le asentó una tabalada. Él no chistó. ni mistó. ¡Bergante! (decía el viejo) téngote como cuerpo de Rey, comiendo mil gollorías: dándote conejo por barba, y perdices como tierra, y vino como agua, repapilado, y hecho un trompo, vestido a las mil maravillas, la casa como una colmena, ¿y tanto lilao? Mírame a la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas, o de mangas. Quitáos de cuentos, y no andéis en tanto, más cuanto, que se me va subiendo el humo a las narices, y conmigo no tenderéis un sí es, no es.

Entre éstas, y estotras entrose de claro en claro una fregona, con un canastillo, que se venía a los ojos, y unos bizcochos, que saben que rabian, y yo me comía las manos tras ellos. Anduvimos a la arrebatña, y no fueron vistos, ni oídos. Traía un billete de la Pupilera para el Licenciado; diósele, y

él dijo: Hablen cartas, y callen barbas; aquí está quien no me dejará mentir; y el papel decía, ni más, ni menos. Señor Licenciado, ese belitre, que se hace el *tuáutem* deste negocio, tiene muy malas mañas, y no le alcanza la sal al agua, y todo es carantoñas. Yo quedo la más amarga del mundo, y echada por puertas; y sé, que él, y su mujer me están royendo los zancajos, y le advierto, que si no calla, le ha de costar la torta un pan; y que entiendo poco de Filis, que no se ponga conmigo a tú por tú; y me crea, que estoy muy amostazada, de veer que se haga zorrocloco, y nos venda Bulas. Que se guarde del diablo, que ahora es todo tortas, y pan pintado, y que todo esotro es andarse por las ramas; y que por mal término, no hay hacer carrera conmigo, que le veeré la boca a la pared, y no le daré una sed de agua. Levantose un remusgo, que hasta allí podía llegar, y daban todos diente con diente, y tiritaban de oír tales cosas.

El mozo se ciscó, más ella se estaba repantigada, a lo de mi suegro, (como si fuera el padre) con mucho aquel. Juró que le había de dejar en porreta, si no se casaba; y sobre esto porfiaron, hasta tente bonete. El hijo decía, que él había hecho cala, y cata del negocio, y que le habían de soñar. Que por qué, y por qué no, teniendo ella cojijos, habían de obligarla a que las apeldase, que se iría con el alma en los dientes, y los llenaría de bote en bote, de lo que eran todos; y añadió, que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fue un día de juicio, y sucediera muy mal; si no se echara en chacota.

La mujercilla, que ya tenía asomos del negocio, más engolondrinada que otro tanto, empezó a hacer espavientos, y dijo: Que todo era así al pie de la letra, mas que no había de ser todo echa, y derrueca, supuesto que no habían de poder dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen a banderas desplegadas; y que más valía, que por bien se llevasen su buen porqué, y se dejasen de cuentos. El Alguacil decía que les había de poner ras con ras la casa al menorete, hablando de talanquera, con mucho qué me sé yo. El Escribano decía: Yo callaré ahora, mas yo les daré [en] caperuza: Cada uno mire por el virote (dijo el Licenciado) pues ha de ir a todo moler; y no echen de vicio, que podría heder el negocio, más aína que piensan.

El Alguacil, que vio que el Licenciado era de los del asa, y que todos los demás era gente del gordillo, juzgó, que el irse, le venía a pedir de boca. Quitose el sombrero, y ni paula, ni maula, sino viene, y vase. El padre, que vio el mal recado, fuese tras él, dando cosetadas por malos de sus pecados; y esto dio una estampida terrible. Ahí me las den todas, decía la viuda. Replicó el marido: A mí no se me da un ardite, que con andar pie con bola, me reiré de todos.

El Bribón, que vio que esto iba de capa caída, y que iban de romanía, y que el mozuelo traía la sogá arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas, y que tenía garabato, díjola: Aquí no hay sino sus, y alto a casar, que estas son habas contadas.

La Viuda, por una parte no quiso estar a diente; por otra, viendo que el mozo se moría por sus pedazos, estuvo hecha de sal, y muy donosa, diciendo de aquella boca, que daba grima: El maridillo cantó de plano, mientras el Licenciado contemplaba en las musarañas: mas no se le quedó por corta, ni mal echada; y como tomó el negocio a pechos, dijo: A mí se me quedaba en el tintero lo mejor. Y con mucha pausa se fue al padre, y le dijo: Acabemos con este mazacote, que no son menester tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas. Cásese, que todos la bailaremos el agua delante, y no se meta en dibujos.

Él, que vio que andaba ya de capa caída, dijo: Una por una, yo me casaré, mas luego roeré el lazo, y otras mil patochadas. Casose, y aunque la boda se hizo a somormujo, todos se repapilaron. El padre le dio una linda tragantona con el dote: encajole todos cuantos cachivaches tenía en casa; y si se quejaba, decía: Que hablaba ad Efesios, y que no se gobernase por su caletre, que se quedaría in púribus, que era un maníaco. Y aunque calló entonces, después lloraba los quiries; y propuso de hablarle papo a papo, porque otra vez no se le subiese a las barbas. Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba, hecho un bausán. Estaba en cuclillas, detrás de la puerta, la recién casada, oyendo al muchacho, con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. Él, por lo que podía suceder, venía hecho un reloj. La mujercilla estaba de veinte y cinco alfileres, y le

dijo: Para qué se metía de gorra.

Dejéense de filaterías, que una por una, ya están casados (dijo el Licenciado) y si hablamos más, nos echará el gato a las barbas, y volveremos las nueces al cántaro.

Libertad me fecit, dijo el hermanillo; y con esto se fueron todos a la deshilada, con muy grandes cojijos, sin respetar el coram vobis del padre, que daba gracias a Dios de ver acabada tan grande carambola.

**Fin del Cuento de Cuentos.**

# VENGANZA DE LA LENGUA

Española, contra el Autor  
del Cuento de  
Cuentos.

*Por Don Juan Alonso Laureles, Caballero de Hábito,  
y peón de costumbre, Aragonés liso, y  
Castellano revuelto.*

**T**EMERARIO acometimiento promete el argumento de la obra; pues querer guerrear sobre cuestión de palabras con el Autor del Cuento de Cuentos, es despertar contra mí más enemigos, que ranas en Egipto: que a la defensa salgan atronando orejas, y lastimando juicios. Porque como este Autor es sin causa celebrado por momo de este siglo; sacrificio creará haber hecho al Dios Apolo, el que saliere a defender sus yerros. Mas yo que no me espanto de dobles ojos, ni de pies pirriquios, oso emprender no guerra, si disputa caritativa con él: porque me duele su tentada flaqueza, desatendada lengua, y papeles hechos a tiento de Pintor; que todo es caña vacía, inútil, y engañoso arrimo. Lástima tengo de verle toda la vida andar de pie quebrado, y que con la experiencia ya mediana no mude pelo, y no mejore de ojos: para que dejando su condición burlona, nos diga algo

con veras razonado, y no hablado solamente para provocar a risa al vulgo indocto, e indócil, que como le oye ensartar sinrazones con donaire, ríese de lo que él quiere que se ría, debiendo reírse de quien así lo dijo.

¿Qué mala estrella fue, la que influyó un humor tan mordicante en su decir?, ¿si le parió Canícula, o si las Cabritillas siete retozaron sobre él al punto infausto de su natividad, imprimiendo este impulso juguetón, con que brinca, retoza, y se menea: burlándose del mundo, hasta dar con su pluma en el infierno, sin temer de sacarla chamuscada por atrevida, en tratar tan de burlas cosas que son temidas tan de veras; no advirtiéndole que hizo un infierno de burlas, y dio ocasión, a que las haga el infiel, si llegare a leer su infernal libro? Y aunque me puede responder, con el título, que son sueños, mas no satisfacerme, que aun para soñado, es mucho soñar tantas burlas en infierno, y esos sueños son de aquellos, que se deben castigar con pesar en la vigilia, y con vergüenza de haber soñado tan mal.

Créame amigo, que le amo mucho por unidad de regla, no se desvele para soñar tan mal, y pésele de lo que así ha soñado. Pero ya que dio en soñar, ¿por qué no proseguía entreteniéndole el mundo, y no meterse en cuentos, que en esto le cogerán por arte (como la sabe poca) y en aquello se podía salir, con que así lo ha soñado, como dice?

No ha dado (Caballero carísimo) en este cuento buena cuenta de sí, mire, y lea. El habla pues, que llamamos Castellana, y Romance, no tiene por

dueños a todas las naciones, ni a ninguna fuera de la Española; y si no diga si el Árabe, el Griego, o Romano sabe hablar nuestro idioma, o si el suyo es diferente del nuestro; porque como la diferencia sea respectiva, tan diferente lenguaje es el Griego del nuestro, como el nuestro del Griego. Ni el haber quedado algunos vocablos naturalizados de otras naciones, hace nuestra habla común: porque esos no se pronuncian con el acento estraño, ni con la terminación peregrina, sino con la Española, que los hace propios. Pero ¿qué lenguaje, o idioma vulgar me dará que no tenga parentesco, y comunicación con otros muchos?, señálelo a la margen si lo sabe, que yo responderé con diligencia para instruir con claridad su ánimo.

Sin razón injuria al Autor del Tesoro de la lengua Española: porque, ni le sobra papel, ni le falta razón; la que puede haber en imposición, o institución de voces que es la corriente frasi, el uso entre los Doctos, el origen, y propiedad que tiene. ¿Qué más desea para la castidad, y pureza de un vocablo? ¿Que haya sido inventor instituyente su labio casto, y su boca siempre pura? ¡Ay pobre Caballero, y en qué ha dado! Cuando los insignes Latinos dudan de la elegancia de algún término, ¿no lo averiguan con buscarle en los primeros Maestros de la elocuencia Latina, y si en ellos se halla se da por bueno, sin mayor examen? Pues ¿qué pretende con decir, que no sabemos hablar, si hablamos como nuestros Maestros han hablado? ¿sabe que me parece desta su tentación?: Que después de haber dicho mal de todas las cosas,

dice mal de la lengua, con que las dijo. Penitencia milagrosa, aunque infructuosa, por falta de su intención; pues no maldice su lengua: porque maldijo, sino por decir mal della. Y así la que pudiera ser pena, es culpa nueva en que ha caído. Dios le levante señor de Juan Abad, y no vuelva a caer, que temo esotro pie.

Advertir solecismos Castellanos es curioso reparo, pero no justo en el alma: porque no es solecismo, sino hermosa figura del lenguaje. No debe ignorar aquella figura Latina de que usó aquel gran Latino, cuando dijo: *Ut placerent populo, quas fecissent fabulae*. Pues debiendo decir *fabulae*, advirtiendo en el sonido grato, que no lo fuera tanto después del, *quas*, con figurativo estilo, sin hacer solecismo habló muy elegante; pues así mismo aunque el, es artículo masculino puede, y debe juntarse con los nombres femininos, que comienzan por A, como el Alma, el Alba, el arpa, el agua: porque si pusiéramos con estos nombres el artículo femenino, que es, La, fuera dura la pronunciación por el encuentro de las dos vocales: y así para suavizar el lenguaje, se usa de esa figura, que es preciosa, y como tal estimada de todos los escritores Castellanos. Dejemos los prosistas ordinarios, no saquemos a plaza los Poetas, que según le veo determinado a este buen Caballero, hará burla de todos ellos juntos: propongamos sólo dos personas tan graves que no se les atreva.

El Maestro Luis de León, que fue el primer Autor como él mismo lo afirma, en su libro 3 de los nombres de Cristo, hojas 174, que abrió camino

para escribir en nuestra vulgar lengua cosas altas, y graves, con gravedad y alteza, número y proporción: el alma dice en el segundo libro, hojas 141, y en otras muchas lo repite. El Maestro Juan Márquez, padre de la elocuencia Castellana, en su Gobernador Cristiano, donde tienen tanto peso las sentencias como las palabras, hojas 15, escribe el alma muchas veces, y el arpa 27.

Bien considerable es la corrección de los adverbios Castellanos, porque se terminan con la dición, mente: ¿no dije yo, que este Caballero habiendo dicho mal de todo el mundo, se enoja consigo mismo? Léase a sí en su Política (librito de veras pero pocas, que en este Autor son mayores sus sueños, que sus vigilias, y muchas más sus burlas, que sus veras) y dé en borrar esos adverbios, que dejará su libro iluminado. En la 3 hoja dice ásperamente, imperiosamente, últimamente: en la 25 porfiadamente: en la 26 solamente: en la 49 derechamente: en la 51 particularmente, personalmente: en la 64 elegantísimamente; consecutivamente: en la 69 fácilmente: en la 70 miserablemente. Y cierto que miserablemente condenó estos adverbios que los usan los mejores Maestros de la elocuencia Española, y hasta hoy no se saben otros: mejor le fuera notar, lo que escribe en su Política a 37 hojas, hablando de lo que dijo Herodes a la mozuela bailadora. Dice el Rey a la mozuela, todo te lo daré, ¿eso es pulla amigo, o es lenguaje de Rey? pero ya que los adverbios hasta hoy conocidos le descontentan porque tienen mente, compónganos

los suyos, que curiosos los espero: pues habiendo de ser todos sin mente, vendrán a ser adverbios mentecatos.

Bien dicho está, mire lo que le digo por óigame, que mirar no supone por sola acción de los ojos, sino por la atención del Alma, necesaria en toda acción vital de los sentidos: decir una cosa de pe a pa, es declarársela delectreandola, y desmenuzándole la dificultad. Dar una sed de agua, se ha de entender como cuando decimos a un hombre que habla mucho, deslenguado, por privación merecida. Bailar el agua delante, no es tan fuera de propósito, que no le tenga en el gozo, que causa verla saltar en su fuente natural, o artificial, al deseo del sediento enfermo, o al abochornado caminante. Para encarecer la verdad, mejor está dicho, aunque no quiera, yo se lo dije, dos por tres, que dos por dos: dos por dos no es decir nada; pues no declara cosa, y dos por tres significa que con la facilidad que se cuentan dos números inmediatos, cuales son esos, le dio a entender su verdad. Si se acordara nuestro Autor de las categorías del Filósofo, no le pareciera mal, decir, que vino en un santiamén, si fue buena diligencia: porque aunque los santiamenes no tienen paso grande, ni chico, como bien se burla, aunque sin para qué, tienen su duración, que llaman mórulas en la prolación de aquellas sílabas en que se consume tiempo, aunque breve; y por serlo está bien ponderado, el diligente caminar del otro: diciendo, que lo hizo en un santiamén, es lo

mismo que en el tiempo que fuera menester para decirlo.

Aquello de escoger a mozo de candil, aunque no es muy limpio para llevarle mucho por la boca, tiene su propiedad: porque no es decir, que el mozo de candil tenga juicio para escoger, que el pensar eso fue mozoso pensamiento, y añado de un hombre ya de tan gentil bigote, dase a entender pues: que con estudio, y desvelo se escogió, como suele decir un Latino proverbio de una lición bien hecha: *Morsos sapit ungues*: hízose con consideración. Enfademe cuando leí en este cuento a su Autor censurar al enfadado: porque dice, que trae al otro sobre ojo. Parécele que con perdón es llamarle nalgas, no le perdono tan sucio parecer como el vocablo, no vale la razón con que se ayuda diciendo, que lo propio era decir, que trae los ojos sobre él: porque esto solamente dice, curioso cuidado de sus acciones, que puede ser sin pena, y el primero dicho, manifiesta, que le da grande pena, en cuanto hace como si le llevara travesado en un ojo, que es valiente hipérbole. ¿Cuántos se habrán reído de leer cómo murmura del blasón de tener sangre en el ojo, diciendo, que denota almorranas, más que honra? ¡Oh impúdico Autor!, ¡oh escribiente cular!, dado me ha enojo, y no sin sangre de enojo, que el enojo hace saltar la sangre del corazón, donde el fervor comienza hasta la cara, y en los ojos se presenta mejor que en otra parte; así se definió materialmente la ira, *fervor sanguinis circa cor*. que debiera considerar nuestro maldiciente de a caballo, para que no cayera de su

asno con vergüenza. ¡Qué material, y terminista tiene la inteligencia, cuando afirma, que poner pies en pared sólo sirve de trepar, y dar de cogote!, ésta sí; que fue calabazada; pues no entendiendo el alma de ese dicho, sólo le supo asir por la materia y cuerpo: grave yerro, que con él hará burla mañana de todas las metáforas, sin mirar que de éstas, y otras semejantes usan, no sólo las humanas, pero aun las Divinas letras (como lo probaré, si no se enmienda con esta corrección) poner pies en pared, pues sólo denota firmeza, y tenacidad en la resolución. Mas no puedo excusar el señalar cómo este tempestuoso juicio, y borrascosa lengua, sin saber lo que hace en este Cuento hace burla, y llama asco al modo de hablar metafórico de la Escritura sagrada; pues entre los desatinos que él dice, que lo son, entra el dicho común del que empieza a enojarse, que se le va subiendo el humo a las narices, pues para que otra vez hable más con aviso: Lea a Isaías, en el capit. 20 *últ. vers. 22, Quiescite ergo ab homine, cuius spiritus in naribus eius est.* Que es decir: Guardaos de un hombre a quien se le ha subido el humo a las narices, y más claro en propios términos. En el 2 de los Reyes, *cap. 2, vers. 2, Ascendit fumus de naribus eius:* bien está, que es discreto, y esto bastará.

¿Qué malo le parece el ahora bien, para despedirse? Si es por ser continuo, y siempre repetido, mas lo es de Cicerón aquel su, vale, con que concluye todas sus Epístolas.

Menos mal es andar hecho corderito de Agnus Dei, con la barba sobre el hombro, que con ella caída sobre el pecho, buey puesto en la coyunda, y uncido al arado: y mucho me maravillo, no le parezca así el consejo bueno como el dicho; pues andar la barba sobre el hombro, no es otra cosa que mirar hacia tras, y todos lados, que viviendo tan llenos de enemigos, no lo tengo por malo, si ya no es, que fie tan poco del gobierno de sus pies, que no pueda apartar dellos sus ojos. Aquello de no me lo harán creer cuantos aran, ni cavan, se fundó en la simplicidad de semejante gente, donde anda más desnuda la verdad, que la malicia suele hacer más sospechosa entre los más Letrados.

¿Qué general solemnidad se habrá hecho a aquella su pregunta, si se ha visto algún bazo cagado?, yo diría que sin haberlo visto lo está el suyo todo entero: porque este estilo de hablar tan cagativo, no puede ser efecto de otra cosa en su persona, sino de opilación de su cagado bazo, que despide humores tan biliosos, y fétidos por su boca, que él parece que caga, y ella culo. Que no ha de ser limpio en sus días, señor de Juan Abad, que mal parece en un tal cortesano, ¿si acaso le parieron en la calle alguna noche, y por su mala dicha le dieron por mantillas algún volador sombrero, que lo envolvió, y dejó cagado para mientras viva?, mas ya me hace asco este vocablo: y así digo, que a ser él menos sucio, el proverbio es a propósito, para declarar un grande enfado: porque como señala el Filosófico, enseña el Médico, y da a ver el Anatómico en la tercera

decocción que se hace del sustento, se le pegan al bazo unos excrementos, que si no lo cagan, lo ensucian, lo agravan, y si son con exceso lo opilan, y endurecen gravemente; ¿no advierte ahora, cómo el proverbio si era menos sucio, no era malo? No puedo disimular en este paso, aquel inmundo discurso (que todo parecía cámara) de las excelencias, y desgracias del culo, que comunicó en papeles a los del mundo sin temor de ser condenado como merecía a llevar el culo a ojo; digna retribución de su trabajo.

Aunque no puedo dejar de estimar el recato con que le ha detenido entre borrones, sin darlo a la impresión, que no le tuvo cuando imprimió aquel simple gaticidio, discurso femenino, pueril asumpto, que han de vengar los gatos mismos aun después de muertos, impelidos de alguna mano sabia. ¿Fue esa obra hecha en vigilia, o sueño, o variedad de gusto, que cansado de rozar naturalmente su pluma, quiso picar con ella a la gatesca? Y por no ser prolijo dejo otros proverbios que pudiera escusar más fácilmente.

No quiero calificar otros vocablos que trae en este cuento, como son zurriburri, y triquetraque, con los demás deste color: porque no son voces de que use Escritor grave alguno, ni Predicador advertido; son vocablos bodegoniles los más dellos; otros corrientes sólo en arrabales; otros escarramanes; otros viciosos; y al fin todos tales que ninguna pluma honesta, y discreta hizo borrón con ellos. Ni debiera ser la de este buen señor tan licenciosa, que generalmente afrente todo ingenio,

y despunte toda pluma: mire más por la suya, que se le roza, y hace todos borrones, sin acertar rasgo derecho. No se intitule cruel consigo mismo, menos docto que desvergonzado, para la obra más de veras que previene: porque con ese título anticipado, ha puesto en armas mucha gente docta, que a poca costa le pondrán en retiro tanto orgullo, la pluma en cárcel, y la persona en cuerda: y si los más vecinos no se atreven porque le temen, yo porque le amo, no le temo, y aunque distante, y lejos me compadezco del absurdo en que ha dado en este Cuento de componerle personas tales, que no debiera sacar a plaza, cuando saca el asco, según dice, de nuestra conversación a la vergüenza: téngala grande amigo, de haber hecho interlocutores destes desatinos, a una Abadesa, a un Vicario, y a un Guardián. ¿Parece que son estados éstos para con ellos entretener al vulgo malicioso? no tiene la culpa toda el pobre Caballero mayor, sí quien le dio licencia para imprimir en aquel otro libro Buscón de boberías, la devoción de la Monja, con tanta libertad representada, que ofende gravemente el estado Religioso, la santa honestidad que profesan las Religiosas. Y da motivo al precipitado Pueblo seglar, a que imagine, que aquellos devaneos, libertades, y vanidades que pinta son comunes, y que con aprobación se hacen, pues con licencia se imprimen. Grave es el daño que hace con perder el respecto en sus escritos al estado Eclesiástico, y Religioso, pues haciendo donaire viene a quedar en la común estimación del mundo, el Clérigo, y el

Fraile, y aun la Monja, que es más de lastimar, porque es mujer, tenidos en poco, respetados menos, hechos burla común, risa ordinaria, jocosos, y entremés cotidiano de los seglares, que estudiando arte para ser agudos, la aprenden de su lengua, recitando sus dichos y donaires. Y no es de tan poca consideración este punto, que no pida reparo, si se repara en él; pues la experiencia misma desengaña. Doy este aviso, porque no querría, ni Dios permita tal, que estos principios sirviesen en España para los fines lastimosos, que sirvieron en Francia, que se precipitó de paso en paso en una extrema miseria de herejía, de un principio casi ridículo (porque reírse del estado Eclesiástico, amargo llanto promete) Rey era Francisco primero, cuando un hombre de bajo quilate, de menguada suerte: así en los bienes de la naturaleza, como de la fortuna, llamado Francisco Rabelés, amaneció para hacer noche del todo la poca luz de la Fe: era éste de ingenio picante, prompto, despeñado, inclinado a mal, y de lengua maldiciente, licenciosa, y donairoso, que así se llama ahora la mala lengua: había pasado los primeros tercios de su vida, por bodegones, y casas de vicio, entre charlatanes, y chocarreros, gente de mucha alma, y poca conciencia, pues viven como si no tuvieran a ésta que los reprehenda, y como si tuvieran de aquélla, para guardar, y perder. Recogió menos curioso que libre, con deseo de hacer famoso su nombre, y célebre su ingenio, un montón de cuentos, novelas, y donaires, y ordenándolos a su modo, imprimió

un libro concertado de desconciertos, en que fisga, y hace baldón, y burla de los Clérigos, y Religiosos, y de la honestidad de las Monjas; a la traza que entre los Italianos el Bocacio, aunque más humilde de estilo, más altivo, y atrevido: los libros pues deste Rabelés, con otros de Juan Maroto, que compuso en verso pastoril, ayudaron al desprecio, y desestima de la Religión Católica, fundada en el estado Eclesiástico, y dispusieron los ánimos para que a pocos lances, y a poco tiempo se introdujera la común herejía, originada deste principio, al parecer liviano que no lo es: porque de las personas Eclesiásticas, y más Religiosas, no se ha de hablar en público, sino con gran reverencia, y si argüir sus flaquezas algunas veces es lícito al Prelado, o Predicador en público; nunca lo es al seglar reírlas, hacer burla, y menosprecio del estado en común, ¡pero qué poco estima su fee, quien así estima su Iglesia compuesta, como de primeras piedras vivas de su Clero, y Religiones!

No pudiera quietarme del escrúpulo, si con mi lene espíritu, y amoroso no le advirtiera de esta ignorancia, que no creo haya podido ser en él malicia, no se me enoje, ni se me irrite para sacar respuesta crimimosa contra esta caridad, que yo le hago que no me debe poco si lo mira, y lo verá cuando ya esté sin ojos: advierta, que soy mejor para amigo, que todo el mundo; pues cuando todo él le lisonjea, y desvanece, yo le prevengo de que así le engaña. Pero si curialmente pretendiere salir a su defensa, que sería mejor si fuese escusa, podrá sin mi disgusto, que no pretendo escurecer su

nombre, ni afrentarle, sino que quede honrado, y enmendado, y no me toque los estados santos, cuando compone de chacota, y burla, que no le faltan a la Corte pícaros, ni al mundo secular dos mil bellacos: deje estar a la Monja en su clausura, que no hace poco de vivir en ella, al Fraile en su celda, y al Clérigo en su coro: imite al cisne Lope, que en sus versos jamás ofende semejante estado; humanamente trata de lo humano, y divinamente de lo divino, no se haga singular: mire que es Religioso, y debe ser sacro lego; pero no sacrilego. Perdóneme le ruego la tardanza del aviso, que tanto he tardado en ver su Cuento, como de dar en la cuenta de que debía avisarle: no desee curioso saber quién soy, que no sé si me hallará, encomiéndeme a Dios, que me le guarde señor de Juan Abad, seamos amigos, y si no mano a la pluma, que sin dorar palabras Dios me dará razones de defensa, si ofender me quisiere: no lo haga, así el Señor lo libre del pie de la soberbia, porque no le trabuque vanamente.

*FIN.*

CON LICENCIA.

En Barcelona, por Esteban Liberós,  
en la calle de Santo Domingo.

Año M.DC.XXIX.